La calle
Diario de un espectador
Elena Garro
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 30 de mayo de 2007

Gabriela Mora es una profesora chilena que alcanzó gran prestigio como docente de literatura hispanoamericana en universidades norteamericanas, como City College, Columbia y Rutgers. El ser lectora profesional, para sus fines académicos, no estragó su gusto, de modo que apreció con sensibilidad la calidad de las letras de Elena Garro, la escritora mexicana famosa más por lances de su vida personal que, infortunadamente, por su obra, si bien hay que reconocer que al paso del tiempo se ha impuesto su prosa y ha logrado reconocimiento que antaño se lo regateó.

Al leer sus narraciones, la profesora Mora concluyó que la escritora mexicana es “como una ilustración de lo que pasa y ha pasado con muchas mujeres de gran talento e imaginación, quienes no pudieron desarrollar al máximo sus posibilidades para escribir por las circunstancias existenciales en que vivieron. México ha exaltado con razón a Juan Rulfo. A mi juicio, *Los recuerdos del porvenir*, *La semana de colores*, muchos de los cuentos de *Andamos huyendo Lola* y todo el teatro de Elena Garro bastarían para colocarla a la par del escritor jalisciense. No hallo razón —fuera de ser mujer— para que su obra haya tardado tanto en reconocerse”.

Entre 1974 y 1980, Elena Garro y Gabriela Mora se cruzaron cartas que ahora ha publicado la Benemérita Universidad autónoma de Puebla, con una presentación de Lucía Melgar, investigadora del Programa universitario de estudios de género (Pueg) de la Universidad nacional. Para valorar esa correspondencia es preciso tener el antecedente de la relación personal entre la escritora mexicana y su crítica chilena. Leamos cómo la presenta la profesora Mora:

“Conocí a Elena Garro en marzo o abril de 1974. En ese entonces enseñaba en el City College de la ciudad de Nueva York y admiraba enormemente su novela *Los recuerdos del porvenir*, sus cuentos y sus dramas. El año anterior había escrito algunos párrafos elogiosos sobre su obra...y quería promoverla dada su calidad. Elena aceptó verme y la visité muchas veces en su piso de la calle 39, cerca de Lexington Av. El ambiente de ese piso y su edificio está descrito en el relato ‘Andamos huyendo Lola’ en el libro homónimo: algunas de las tribulaciones que padecen madre e hija de ese cuento, me fueron relatadas como experiencias vividas por Elena y su hija Helena Paz.

Desde la primera visita, Elena me cautivó con su gracia para contar, aun los episodios más terribles. Hubo muchas ocasiones en que admire su don narrativo, y la misma impresión tuvieron amigos míos a quienes la presenté. El piso en el que la conocí estaba situado en un barrio elegante del Este de la ciudad pero su fachada no se correspondía con su interior. El departamento de Elena era sombrío, con escasos muebles baratos (no recuerdo haber visto una mesa o una cama) y olor a gatos. En el primer encuentro, Helenita Paz, la hija de Elena, yacía al fondo de la única habitación, enferma, según si madre, pues había tenido una seria operación reciente. La postración se debía a que había salido del hospital antes de su recuperación por problemas de pago, ya que su padre —Octavio Paz— se habría negado a ayudarlas.

Desde el principio se estableció gran confianza entre nosotras, hecho que Elena explicaba porque yo había nacido un 29 de septiembre, día de san Miguel, su patrono y porque tenía un huesito zafado en la mano izquierda (véase el retrato de doña Gabriela y don Harold, mi marido, en el cuento ‘La primera vez que me vi’, de *Andamos huyendo Lola*. Porque tiendo al agnosticismo y no creo en supersticiones, me reía mucho de sus creencias, tanto en los santos como en el Tarot y la astrología, y nuestras risas iluminaban un poco la oscuridad del lugar”.

Leeremos otro día cartas de Elena Garro a Gabriela Mora